

**CUENTO N° 81**

**TÍTULO: DELFINA Y EL ZORZAL**

**SEUDÓNIMO: NITTELATURA**

**AUTOR: JORGE ENRIQUE ZENTENO VÁSQUEZ**

## Delfina y el zorzal

Le teme al pequeño espacio de la cabina del ascensor, de modo que sube al décimo piso por las escaleras. Sus ligeras zancadas suponen mínimo el esfuerzo, aunque no es así.

Desde que murió su madre hace cuatro años vive sola en el departamento que le heredó en el 9501 de Alejandro Serani con La Llavería.

Y aunque siente el vacío de su voz y extraña la protección y calidez de sus abrazos, sus gestos de cariño, su comprensión, busca una nueva forma de olvidar la causa de su desgracia.

Olvidar ese primer instante de incredulidad que le desgarró el alma.

Olvidar lo que vino después, la chispa de vida que por unos instantes hizo palpar su corazón y se apagó para siempre.

Olvidar ese proceso interminable de adaptación. Su vida cotidiana no fue la misma desde entonces. Después Alfonso la dejó, más tarde la partida de su madre. Entonces se fue llenando de abandono.

Durante la mayor parte del día el sol ilumina y calienta el balcón.

En una de las esquinas instaló una planta que compró en el mercado orgánico: el color violeta de los pensamientos la tranquiliza.

En la calle, una corrida de pimientos da sombra a la calzada. Un zorzal anida bajo sus ramas justo frente a su balcón.

Con el paso del tiempo se acostumbró al ave. Delfina deja migas de pan remojadas en leche, dentro de un plato sobre una banca de mimbre. Antes

hubo allí un macetero. Hoy es el sitio preferido de un zorzal que viene por el postre luego de hartarse de lombrices en el jardín a las cinco de la mañana.

El ave bebe agua de una taza, come migas de pan y toma sol por un rato. Una rutina diaria que se inicia a las seis cuando la despierta su gorjeo.

Delfina con sus ojos oscuros y profundos como un lago de aguas quietas en medio de la noche, le observa revolotear, bajar al parque y cantar entre las ramas de los árboles. A veces viene y canta serenatas personalizadas desde la banca de mimbre u oculto tras las plantas que fueron, una a una; semana a semana llenando el balcón.

Delfina se había percatado de su presencia desde que se instaló. No sabe si es la misma ave o su prole la que aferra sus garras a la baranda de fierro y, parada allí mueve su cabeza, siguiendo el ritmo del tic tac de un reloj.

Cada vez que piensa en descendencia recuerda el motivo de su soledad y se humedecen sus ojos. Le ocurre en cualquier sitio: en el supermercado, la calle, el parque; de igual manera, cuando limpia sus plantas, se inclina y gruesas lágrimas caen sobre los maceteros. Tiene uno en el que plantó un geranio que nunca llegó a brotar.

El zorzal la observa curioso cuando le oye sollozar. Sobrevuela la avenida, el parque, realiza piruetas esquivando las ramas. Hace acrobacias entre los edificios para detenerse engarfiando sus patas en el cable de la antena que cuelga de la azotea. Desde allí, moviendo la cabeza con la rapidez característica de ave atenta, fija sus ojos: uno a la vez para observar a Delfina.

Ella no se da cuenta pero él está allí.

Era viernes, el zorzal se presentó al alba entonando un lastimoso canto.

Cuando ella salió, él aún permanecía allí, un comportamiento extraño, pensó y fue de compras.

Delfina se encaminó por el paseo de la avenida Escrivá de Balaguer. Como de costumbre, se detiene a observar los coches en los que pasean los bebés, los contempla, sonrío a las mamás, con disimulo roza sus ojos con la ayuda de un pañuelo y continúa su trayecto. Venía de regreso y acertó pasar bajo el árbol en que anida el zorzal, atisbó curiosa por si le veía. Al mirar hacia sus pies evitando tropezar, notó trozos de cáscaras azuladas con pintas café rojizas pisoteadas en el suelo.

Al principio no lo asoció pero al darse cuenta de lo sucedido no pudo evitar el desconsuelo. Sostuvo el pañuelo humedecido apretujado entre sus manos largo rato antes de regresar al departamento. Su rostro adquirió un tono sombrío que le acompañó toda la semana, en la que no salió de casa ni al balcón a regar sus plantas.

Ese martes, al ir de compras se detuvo en el quiosco a leer encabezados, le impactó la noticia que leyó en El Dínamo: "... Pasadas las cinco de la mañana, un cartonero encontró un feto en una bolsa al interior de un basurero en la comuna de Recoleta..."

Retrocedió sujetando sus mejillas con ambas manos. Su rostro palideció. Tropezó con un transeúnte, este le pidió disculpas, ella corrió a refugiarse en la soledad de su departamento. No tuvo conciencia de cómo subió las escaleras ni escuchó el portazo que alertó a sus vecinos, los que vinieron a husmear.

Pasaron varios días. Intentó recuperar el ánimo que la falta de sueño causó en su cuerpo a pesar de las pastillas. Tomó unas podadoras y salió al

balcón para distraerse limpiando las hojas y brotes secos de sus plantas y enredaderas, su mano se niega a acertar y da tijeretazos al aire o picotea las ramas sin cortarlas. Arrojó las tijeras al suelo haciendo un gesto con las manos las que apoyó en su falda. Al inclinarse, sus lágrimas cayeron sobre el macetero vacío.

Abandonó sus plantas por más de dos semanas, las que se fueron marchitando por falta de humedad, llegando a estar a punto de morir.

El zorzal no cesa de venir cada mañana pero Delfina no le pone atención.

Ya no deja migas de pan, no riega las plantas. Sale al balcón y llora un rato sobre el macetero vacío. Recordó los niños que mueren y las madres que sufren y decidió ir a la Iglesia, entregó quinientos pesos a la secretaria parroquial e inscribió una misa por las almas del purgatorio y los santos inocentes. Los vecinos le sonríen al pasar y cuchichean, ella no les ve.

El zorzal voló hasta el jardín “las waltatas”, rastreó, revoloteó, husmeó buscando lo que pensaba, iba aliviar el dolor interno que supone, tiene Delfina.

Divisó al hombre del mameluco colocando semillas en una caja de cartón. Posado en la rama de un Kaki observó en todas direcciones. Cuando el jardinero se retiró para almorzar y no habiendo nadie a la vista, se lanzó como el halcón sobre su presa, atrapando varias de ellas. Voló hasta el balcón de Delfina y las depositó en el macetero vacío. Escarbó un poco con las patas y emprendió vuelo hacia la azotea desapareciendo por encima del edificio.

El verano llegó, la melancolía y la tristeza del invierno se apaciguaron.

Sin embargo, la desazón se ha tornado perenne en el alma de Delfina, oprimiendo su pecho contrito y abatido.

Al salir a aspirar el aire fresco de la mañana se sienta en una de las bancas de mimbre, mira el plato desocupado sobre una de ellas, contempla las flores mustias sin deseos de regarlas. Suspira y las lágrimas que brotan de sus ojos humedecen el macetero vacío. Los días pasan de la misma forma que las estaciones. Dejó su trabajo, su único ingreso es el montepío de su padre. No habla con nadie, ha perdido la noción del tiempo y la capacidad de sonreír. Solo cuando ve los niños en el parque, se ilumina su cara con un reflejo que parece ser del sol.

¡Cuál no sería su sorpresa! A través del cristal que la separa del exterior vio con asombro un brote verde que sobresale de la maceta vacía y una esperanza incierta se instaló en su alma, sonrieron sus ojos, la silla cayó a un costado cuando se abalanzó hacia el balcón. Levantó el macetero y con él en sus manos dio giros sobre sí misma. Regresó a la sala, abrió las cortinas y el sol iluminó los rincones olvidados.

Quince días después, un geranio resplandecía de un color rojo y blanco con sus pétalos hacia la luz, rejuveneciendo la naturaleza y con ella los elementos.

Fragantes pensamientos florecieron en la conciencia de Delfina. Presintió una nueva oportunidad, en un lugar distinto, en un mundo diferente. Recordó los pocos años que ejerció su profesión de profesora primaria, sus días en la universidad, el taller de su madre, el oficio de cartero de su padre, la

casa de la infancia en el barrio estación. Sonrió, esta vez sin tristeza, como si estuviera en un reencuentro con sus seres queridos que han partido ya.

Se puso de pie, acurrucó la colorida planta en su seno, caminó como si bailara, murmuró unas palabras inteligibles y se arrojó desde el balcón.

////////////////////////////////////